



DE CARA

DEBBIE

HARRY



DE CARA

DEBBIE HARRY

Con la colaboración de
SYLVIA SIMMONS

Dirección creativa:
ROB ROTH

Traducción de
EVA RAVENTÓS

LIBROS CÚPULA

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	1
1 HIJA ILEGÍTIMA	7
2 «PRETTY BABY, YOU LOOK SO HEAVENLY»	19
3 CLIC, CLIC	41
4 CANTANDO A UNA SILUETA	77
5 NACIDA PARA SER PUNK	95
6 POR LOS PELOS	115
7 DESPEGUE Y RECOMPENSA	147
8 MADRE CABRINI Y LA TORMENTA ELÉCTRICA	167
9 CAMINOS INEXPLORADOS	187
10 LA CULPA ES DE <i>VOGUE</i>	207
11 LUCHA LIBRE Y DESTINO DESCONOCIDO	243
12 EL SABOR PERFECTO	261
13 RUTINAS	289
14 OBSESIÓN/COMPULSIÓN	323
15 PULGARES OPONIBLES	347
CRÉDITOS DE LAS FOTOGRAFÍAS Y LOS DISEÑOS	355
AGRADECIMIENTOS	356

HIJA ILEGÍTIMA

Debieron de conocerse alrededor de 1930, en el instituto, supongo. Amores de infancia. Ella era una niña de clase media, con ascendencia escocesa e irlandesa, y él era un chico de granja, francés, que vivía en algún lugar entre Neptune y Lakewood, en Nueva Jersey. La familia de ella tenía un fuerte vínculo con la música. Ella y sus hermanas tocaban juntas, todo el día. Las hermanas cantaban mientras ella tocaba un viejo y maltrecho piano. La familia de él también tenía una vena artística y musical. Sin embargo, su madre se encontraba en un pabellón psiquiátrico para tratarse de una depresión o algún tipo de condición nerviosa recurrente. Era una presencia invisible, pero poderosa. A mí me suena forzado, pero es lo que me dijeron en la agencia de adopción.

Su madre dictaminó que él no era el chico adecuado para su hija. Vetó su relación y cortó su amor de cuajo. Para eliminar de raíz cualquier contacto la apartaron de la escuela de música y, a partir de ahí, ella —supuestamente— empezó a tocar en salas de conciertos en Europa y Estados Unidos.

Pasan muchos años. Él está casado y tiene muchos hijos. Trabaja en una empresa de combustibles, arreglando quemadores de petróleo. Un día se dirige a cumplir con una llamada de servicio y,

¡bum!, allí está ella. Está inclinada contra el marco de la puerta, relajada, y lo observa con *aquella* mirada. Se ha estropeado su calentador... Bueno, algo muy gráfico, ¿no? Pero estoy segura de que ambos se alegraron de verse.

Tal vez nunca habían dejado de quererse en todos aquellos años. Tuvo que ser un reencuentro maravilloso. Ella se quedó embarazada. Él, finalmente, le confesó que estaba casado y que tenía hijos. Ella, enfadada y desconsolada, decidió romper el contacto con él, pero quería tener al bebé. El 1 de julio de 1945, en el hospital Miami-Dade, la pequeña Angela Trimble llegó al mundo.

Ella y la niña regresaron a Nueva Jersey, donde su madre se estaba muriendo de cáncer de mama. Cuidaba de las dos. Pero su madre la convenció para que diese a Angela en adopción, y terminó haciéndolo. Se desprendió de Angela. Seis meses después, su madre murió y su hija estaba viviendo con una pareja sin hijos, también de Nueva Jersey. Richard y Cathy Harry, de Paterson, se habían conocido después del instituto. Los nuevos padres de Angela, también conocidos como Caggie y Dick, le dieron un nuevo nombre: Deborah.

Y eso es todo. Soy una hija ilegítima.

Se dice que no es habitual tener recuerdos de tus primeros años de vida, pero yo tengo montones. El primero es de cuando tenía tres meses, del día en que mi madre y mi padre me recogieron en la agencia de adopción. Decidieron dar un corto paseo y celebrarlo en un pequeño complejo con un zoo interactivo. Recuerdo que me llevaban de un lado para otro y conservo una imagen muy vívida de criaturas gigantes acercándose a mí. Una vez compartí estos recuerdos con mi madre y se quedó estupefacta: «¡Dios mío! Eso fue el día que te trajimos a casa, ¿no es posible que lo recuerdes!». Solo eran patos y gansos y una cabra, dijo, quizá también un poni. Pero a los tres meses no tenía mucho con qué comparar. Bueno, ya había vivido con dos madres distintas, en dos casas diferentes, bajo dos nombres distintos. Pensándolo ahora, probablemente me encontraba en un estado extremo de pánico. El mundo no era un lugar seguro y tenía que mantener los ojos bien abiertos.

Durante los primeros cinco años de mi existencia vivimos en una pequeña casa en Cedar Avenue, en Hawthorne, Nueva Jersey, cerca del Goffle Brook Park. El parque ocupaba toda la longitud de la pequeña localidad. Cuando despejaron la tierra para construir el parque, levantaron unas casas para trabajadores temporales migrantes: dos pequeños apartamentos sin pasillo y con todas las habitaciones conectadas, sin sistema de calefacción más allá de una estufa de combustión lenta. Luego estaba la casa del jefe de los trabajadores migrantes que, por aquel entonces, ya tenía su propio sistema de calefacción y se asentaba en un extremo de la extensa zona boscosa del parque.

En aquel tiempo los niños se apuntaban a actividades, pero a mí me decían: «Sal y juega», y me iba. A decir verdad, no tenía muchos compañeros de juego, de modo que algunos días jugaba



El lugar del roble.

con mi propia mente. Era una niña muy soñadora, pero también era muy marimacho. Papá colgaba un columpio y un trapecio del gran roble que había en el patio y yo jugaba en ellos, simulando que estaba en un circo. También jugaba con palos, cavaba un hoyo, metía los dedos en un hormiguero, construía cosas o me iba a patinar.

Pero lo que más me gustaba era pasar tiempo en el bosque. Para mí era mágico; un bosque encantado en la vida real. Mis padres siempre me advertían: «No vayas al bosque, no sabes quién puede andar por ahí o qué podría pasar», como se hace en los cuentos de hadas. Y los cuentos —todas esas geniales y terroríficas historias de los hermanos Grimm— ocuparon gran parte de mi etapa de crecimiento.

Tengo que admitir que había algunos tipos un poco siniestros entre aquellos arbustos, probablemente migrantes. Eran auténticos vagabundos que saltaban del tren y se refugiaban en el bosque. Tal vez conseguían un trabajo en el departamento de parques cortando el césped o algo similar, y luego volvían a subir al tren y hacían lo mismo en otro lugar. En el bosque también había zorros y mofetas, y a veces serpientes, y un pequeño arroyo con ranas y sapos.

Las chabolas abandonadas se habían derrumbado a lo largo de los riachuelos a los que nadie se acercaba. Yo solía ir por allí y pisar los viejos montones de ladrillos que había esparcidos por el suelo, descuidados y mohosos. Me hubiese quedado allí sentada para siempre, soñando despierta. Sentía ese cosquilleo infantil que ahora mismo te estás imaginando. Agachada en cuclillas entre la maleza, fantaseaba con huir con un indio salvaje y comer bayas de zumaque. Mi padre me apuntaría con el dedo y me diría: «No te acerques al zumaque, es veneno», y yo, sin hacerle caso, masticaría aquel zumaque increíblemente amargo y ácido, pensando, dramáticamente, que iba a morir. Era muy afortunada por tener esa imaginación terrorífica —una enorme vida de fantasía que me había llevado a pensar de forma creativa—, sumada a la televisión y los agresores sexuales.

Tenía un perro llamado Pal. Era una especie de terrier, de color rojizo, totalmente desaliñado, con el pelo áspero, las orejas caídas,

bigotes y barba y un cuerpo de lo más desagradable. En realidad, era el perro de mi padre, pero era muy independiente y salvaje; un auténtico macho sin castrar. Pal era un semental. Se iba de casa y volvía tras estar desaparecido una semana, completamente exhausto por todas las aventuras vividas.

También había centenares de ratas que infestaban el bosque. A medida que la ciudad se hizo menos rural y más habitada, las ratas empezaron a moverse en manada por los patios y a mordisquear entre la basura, de modo que las autoridades locales pusieron veneno en algunas áreas del parque. Fue una medida muy provinciana, pero, seamos sinceros, entonces le ponían veneno a todo. Bueno, pues Pal comió veneno. Se puso tan enfermo que mi padre tuvo que sacrificarlo. Aquello fue horrible.

Pero, la verdad, era el mejor sitio donde crecer: vida de pueblo pequeño estadounidense. Fue antes de que llegasen los centros comerciales, gracias a Dios. Todo lo que había era una pequeña calle principal y un cine en el que la sesión matinal del sábado costaba veinticinco céntimos. Todos los niños íbamos. Me encantaban las películas. Había también muchas tierras de cultivo y colinas ondulantes con pastos, pequeñas granjas que cultivaban productos agrícolas, todo fresco y barato. Pero esas pequeñas granjas terminaron desapareciendo y en su lugar se construyeron viviendas.

La ciudad se encontraba en un periodo de transición, pero yo era demasiado joven para saber qué significaba *transición* o para tener una visión sobre eso o para que me importase siquiera. Formábamos parte de la ciudad dormitorio, porque mi padre no trabajaba en la localidad; se desplazaba a Nueva York todos los días. No estaba tan lejos, pero, ¡Dios!, en aquel momento lo parecía. Era mágico. Era otro tipo de bosque encantado, repleto de gente y ruidos y edificios altos en lugar de árboles. Muy diferente.

Mi padre se desplazaba a Nueva York para trabajar, pero yo iba allí a divertirme. Una vez al año mi abuela materna me llevaba a la ciudad para comprarme un abrigo de invierno en Best & Co., unos famosos almacenes conservadores y anticuados. Después íbamos a Schrafft's, en la calle Cincuenta y tres con la Quinta Avenida.

Aquel restaurante chapado a la antigua era casi como un salón de té británico donde mujeres mayores bien vestidas se sentaban bebiendo a sorbos con delicadeza de sus tazas de porcelana. Era muy formal y un refugio del bullicio de la ciudad.

En Navidad siempre íbamos a ver el árbol del Rockefeller Center. Observábamos a los patinadores en la pista de hielo y mirábamos por las ventanas de los grandes almacenes. No éramos urbanitas sofisticados que iban a ver un espectáculo de Broadway; éramos de las afueras. Si íbamos a algún espectáculo siempre era en el Radio City Music Hall, aunque sí fuimos a ver un *ballet* un par de veces. Eso fue lo que probablemente alimentó mi sueño de convertirme en bailarina (que no duró mucho). Pero lo que sí perduró fue mi emoción y curiosidad sobre el hecho de actuar y estar sobre un escenario. Aunque me encantaba el cine, mi reacción a los espectáculos en directo era algo físico, muy sensual. Y reaccionaba de la misma forma ante la ciudad de Nueva York y sus olores, atracciones y sonidos.

Una de mis actividades favoritas de la infancia era ir a Paterson, donde vivían mis dos abuelas. A mi padre le gustaba conducir por carreteras secundarias, serpenteando por todas las pequeñas calles de los suburbios. Y la mayor parte de Paterson era muy vieja y estaba muy descuidada en aquella época previa a la gentrificación, llena de trabajadores migrantes que llegaban para buscar trabajo en las fábricas y los tejedores de seda. Paterson se había ganado el calificativo de «Silk City» («Ciudad de la Seda»). Las cataratas del río Passaic impulsaban las turbinas, que a su vez movían los telares. Aquellas cataratas me habían mirado de frente durante toda mi infancia gracias al *Morning Call* de Paterson. En la cabecera de la parte superior de la portada había un dibujo a pluma de las aguas fluyendo.

Papá siempre conducía muy lentamente por la calle River, porque siempre bullía de gente y actividad. Había gitanos que vivían en los escaparates; había negros que habían venido del sur. Iban vestidos con ropas brillantes y llevaban el pelo envuelto en pañuelos al estilo pirata. Para una niña pequeña de familia blanca

de clase media/media-baja de los suburbios, aquello era todo un espectáculo. Maravilloso. Sacaba parte del cuerpo por la ventanilla, loca de curiosidad, y mi madre me gritaba: «¡Vuelve a meterte en el coche! Vas a conseguir que te corten la cabeza!». Ella hubiese preferido no pasar por la calle River, pero mi padre era una de esas personas a quienes les gusta tener un camino secreto. ¡Bravo por papá!

Ahora me parece incomprensible lo poco que se sabía, dentro de nuestra familia, sobre mi familia paterna. Nadie hablaba de ellos, de lo que hacían o de por qué terminaron en Paterson. Recuerdo que, cuando era mucho más mayor, le preguntaba a mi padre a qué se dedicaba su abuelo. Dijo que era zapatero, o que quizá arreglaba zapatos, y que era de Morristown (Nueva Jersey). Supongo que mi abuelo era demasiado de clase baja para cualquier persona de la familia, incluido mi padre, como para querer que lo relacionaran con él, lo cual me parecía bastante trágico. Pero mi padre siempre destacaba lo afortunado que había sido su padre por haber mantenido su puesto de trabajo durante la época de la Gran Depresión, vendiendo zapatos en Broadway, en Paterson. Les había seguido entrando dinero cuando había mucha gente desempleada.

La Silk City de la familia de mi madre era mucho más elitista. Su padre había tenido su propio asiento en la bolsa antes de la crisis económica y era el propietario de un banco en Ridgewood (Nueva Jersey), así que habían sido bastante ricos en algún momento. Cuando mi madre era pequeña navegaban hasta Europa para visitar todas las capitales en un gran *tour*, como les gustaba llamarlo. Tanto ella como sus hermanos tenían estudios universitarios.

La abuela era una señora victoriana, elegante, con aspiraciones a convertirse en una gran dama. Mi madre era su hija más joven. La tuvo bastante tarde, lo que causó más de un arqueamiento de cejas e insinuaciones entre susurros dentro de su círculo educadamente escandalizado. Así que cuando la conocí ya era bastante mayor. Tenía el pelo largo y blanco y le llegaba hasta la cintura. Cada día Tilly, su sirvienta holandesa, la encajaba en un corsé de cuerpo entero de color rosa. Me encantaba Tilly. Había trabajado para la abuela

desde que emigró a América, primero como niñera de mi madre y luego como limpiadora, cocinera y jardinera de la abuela. Vivía en la casa de la calle Carol, en un pequeño y bonito ático cuyas ventanas se abrían al cielo. Cruzando el vestíbulo, en el desván del ático, había baúles cubiertos de polvo y repletos de cosas curiosas. Me pasaba muchas horas tocando y hurgando entre los vestidos raídos, el papel amarillento, las fotos rasgadas, los libros polvorientos, las extrañas cucharas, los encajes descoloridos, las flores secas, las botellas de perfume vacías y las viejas muñecas con cabezas de porcelana. Finalmente irrumpía en mi ensoñación una llamada preocupada desde abajo. Cerraba la puerta con cuidado y me escabullía. Hasta la próxima vez.

El primer trabajo real de mi padre después de graduarse en el instituto fue en Wright Aeronautical, una empresa que fabricaba aviones, durante la Segunda Guerra Mundial. El siguiente fue en Alkan Silk Woven Labels, que tenía una fábrica en Paterson. Cuando era pequeña y tenía que visitar la planta me llevaba con él. Hice el recorrido por la fábrica muchas veces, pero nunca oí lo que decía porque los telares hacían un ruido tremendo.

Los telares realmente tejían. Eran del tamaño de nuestra casa y contenían miles y miles de hilos en suspensión mientras los enlaces de la parte inferior pasaban zumbando de un lado para otro. En la confluencia de todos los hilos aparecían cintas y se enroscaban, metro sobre metro de etiquetas de seda para la ropa. Mi padre las llevaba a Nueva York y, como ya había hecho su padre antes que él, tuvo su pequeño papel en las periferias más lejanas del mundo de la moda.

En cuanto a mí, he amado la moda desde que tengo recuerdos. No teníamos mucho dinero cuando yo era pequeña y gran parte de mi ropa era de segunda mano. Los días lluviosos en que no podía salir abría el arcón de madera de mi madre, que estaba lleno de ropa que había heredado de amigos o que alguien había descartado. Me disfrazaba y trotaba por la casa con zapatos y vestidos de noche y con cualquier cosa sobre la que pudiera poner mis pequeñas y sucias manos.

La televisión, oh, la televisión. Una pantalla brillante y fantasmagórica de siete pulgadas, redonda como una pecera. Estaba metida en una especie de caja enorme que habría empequeñecido a una caseta de perro. Emitía un zumbido electrónico exasperante y se sintonizaba con una antena torcida. Unos días funcionaba bien y otros días se estropeaba; cuando la señal parpadeaba, saltaba, se rayaba y se enrollaba.

No había mucho que ver, pero yo la veía. Los sábados me sentaba en el suelo a las cinco de la mañana, los ojos pegados a la carta de ajuste, en blanco y negro y gris, hipnotizada, esperando a que empezasen los dibujos animados. Luego venía la lucha libre y también la veía, dando porrazos al suelo y gimiendo, con mis niveles de ansiedad disparándose en una lucha bíblica del bien contra el mal. Mi madre gritaba y amenazaba con tirar aquella maldita cosa si me iba a poner tan alterada. ¿Pero no era ese precisamente el objetivo, alterarse? Fui una auténtica y temprana devota de la caja mágica. Incluso me gustaba ver cómo la imagen quedaba reducida a un pequeño punto blanco y luego se desvanecía cuando la apagabas.

Cuando empezaba la temporada de béisbol mamá me dejaba fuera de la casa. Sorprendentemente, mi madre era una fanática a ultranza del béisbol y, cuando digo a ultranza, es a ultranza. Adoraba los Brooklyn Dodgers. Solían ir al Ebbets Field, en Brooklyn, a ver los partidos cuando yo era pequeña. Yo me enfadaba por tener que quedarme fuera por un partido de béisbol, pero supongo que era un peñazo con una boca muy grande que callar.

A mi madre también le gustaba la ópera y la escuchaba en la radio cuando se terminaba la temporada de béisbol. En lo que se refiere a escuchar música, no teníamos lo que se dice una colección de discos; poco más que un par de álbumes de comedia y Bing Crosby cantando villancicos. Mi favorito era el recopilatorio *I Like Jazz!*, con Billie Holiday y Fats Waller y todas aquellas bandas distintas. Rompía a llorar cada vez que Judy Garland se lanzaba a cantar en «Swanee»...

Tenía también una pequeña radio, una bonita Bakelite Emerson marrón que tenías que enchufar, con una luz en la parte de

arriba y un viejo y curioso sintonizador con números *art déco* en forma de rayo detrás. Yo pegaba la oreja al diminuto altavoz y escuchaba a los *crooners* y a los cantantes de *big band* y cualquier música que fuese popular en aquel momento. El blues, el jazz y el rock todavía no habían llegado.

En verano, hacia el atardecer, un cuerpo de tambores y cornetas ensayaba en la plaza de armas, justo un poco más allá del bosque. Aquellos hombres, los Caballeros, se reunían después del trabajo. Estaban empezando y no podían permitirse uniformes, de modo que vestían con grandes pantalones acampanados sobrantes de la marina, camisas blancas y sombreros cordobeses. Solo sabían tocar una canción, que era «Valencia». Desfilaban de un lado para otro durante toda la tarde, y a veces bailaban, y se escuchaba la música que procedía del bosque. Mi habitación estaba arriba, en el alero de la casa, y tenía unas pequeñas claraboyas. Yo me sentaba en el suelo con las ventanas abiertas y escuchaba. Mi madre me decía: «¡Si vuelvo a oír esa canción voy a gritar!». Pero había instrumentos de viento y tambores y tocaban muy alto y a mí me encantaba.

Antes de empezar el colegio había muy pocas distracciones, y yo tenía mucho tiempo para soñar despierta. Recuerdo tener experiencias paranormales también cuando era pequeña. Oía una voz que me hablaba desde la chimenea y me daba algún tipo de información matemática, creo, pero no tengo ni idea de lo que significaba. Tenía todo tipo de fantasías. Imaginaba que era secuestrada y atada y luego rescatada (no, no quería que me salvase un héroe; quería que me atasen y que el tipo malo se enamorase perdidamente de mí).

También fantaseaba con ser una estrella. Una tarde soledada estaba sentada en la cocina con mi tía Helen, mientras ella tomaba su café. Podía sentir la luz cálida jugando con mi pelo. Ella se quedó quieta con la taza en los labios mirándome fijamente, como analizándome: «Cariño, ¡pareces una estrella de cine!». Yo estaba entusiasmada. Una estrella de cine. ¡Oh, sí!

Cuando tenía cuatro años, mi madre y mi padre vinieron a mi habitación y me contaron un cuento para dormir. Trataba sobre una familia que había elegido a su hijo, igual que ellos, me dijeron, me habían elegido a mí.

A veces veo mi cara en un espejo y pienso que tengo exactamente la misma expresión que mi madre o mi padre tenían, a pesar de que no nos parecíamos y procedíamos de grupos de genes distintos. Supongo que, de algún modo, la intimidad y las experiencias compartidas a lo largo del tiempo —que nunca tuve con mis padres biológicos— dejan su huella. No tengo ni idea de qué aspecto tenían mis padres biológicos. Muchos años más tarde, ya como adulta, traté de encontrarlos. Descubrí algunas cosas, pero nunca los llegué a conocer.

La historia que mis padres me contaron sobre cómo me adoptaron me hizo sentir especial. Aun así, creo que el hecho de ser separada de mi madre biológica después de tres meses para ir a otro hogar me provocó una base de miedo totalmente irracional.

Por suerte, no fui lanzada hacia Dios sabe qué y he tenido una vida muy, muy afortunada. Pero fue una respuesta química, creo, que ahora puedo racionalizar y afrontar. Todo el mundo lo hacía lo mejor que podía conmigo, pero creo que nunca estuve del todo cómoda. Me sentía distinta; siempre estaba intentando encajar.

Y hubo una época en la que siempre tenía miedo.

